

Juegos, niños y novelas

Los juegos infantiles que tanto y tan bien ha estudiado a lo largo de toda su joven vida Ana Pelegrín asoman y “desasoman” por casi todas partes. Han llenado y siguen llenando hoy (aunque parezca mentira, en nuestro globalizado mundo actual, cada vez más falto de voz y más lleno de ruidos) memorias y espacios contruidos sobre el suelo de lo real y sobre el terreno de lo literario, en la ancha frontera que hay entre lo vivido y lo imaginado. Se presentan, como el Conejo Blanco de Alicia (o como la Alicia de El Conejo Blanco), sin avisar, y se marchan con sus sonos a otro sitio tan pronto les apetece. Por más voluntad que se ponga en seguir su rastro, no siempre es fácil hacerlo: todos los juegos tienen algo de juego del escondite, sobre todo para quienes intentamos capturarlos desde la posición algo tramposa de la crítica literaria y tenemos la extraña afición de encerrarlos en las cuadrículas frías y estrechas del ensayo académico.

Está por hacer la biografía (o la biobibliografía) de los juegos infantiles que asoman en las grandes obras escritas de la literatura universal. Pero el día que se haga, si es que se atreve alguien a acometer tan quijotesca, tan imprevisible empresa, habremos de asumir que será incompleta, que será parcial, y que sus capítulos serán los que ellos (los juegos) dispongan, y no los que nosotros (los estudiosos) decidamos. Porque los niños y sus juegos van y vienen por la literatura a su aire, campan a sus anchas, se quedan a veces en la simple línea de fondo o se aproximan otras al primer plano, sin necesidad de dar mayores explicaciones ni de someterse a guiones previos.

La gran novela moderna, el género literario por excelencia de los siglos XIX, XX, XXI, que se ha ido construyendo –teóricamente al menos– de espaldas a la tradición oral y con los ojos puestos en la estética experimental de la escritura, está atravesada, se mire por donde se mire, de juegos infantiles. Asoman, por ejemplo, en uno de los títulos

clave del género y de su renovación decimonónica: *El tío Goriot* (1834), uno de los frutos más redondos del genio desordenado e irrepitible de Balzac:

“–Ese fue nuestro único tiempo bueno –dijo Delfina–. ¿Dónde están los momentos en que nos deslizábamos desde lo alto de los sacos en el granero grande!” (1).

Los cuentos y los juegos infantiles fueron uno de los hilos de precario vaivén que unieron al niño desdichado y a la madre fantasmiosa, la *Madame Bovary* (1857) de la novela de Flaubert que marcó un antes y un después en la evolución del género novelístico:

“Su madre le llevaba siempre pegado a sus faldas, le recortaba figuras de cartón, le contaba cuentos, conversaba con él en monólogos interminables, llenos de alegrías melancólicas y de zalamerías parlanchinas [...]”

La señora Bovary se mordía los labios mientras que el niño andaba suelto por el pueblo. Se iba con los labradores y espantaba a terronazos los cuervos que volaban. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, segaba las mieses, corría por el bosque, jugaba a la rayuela en el pórtico de la iglesia, y en las grandes fiestas pedía al sacristán que le dejase tocar las campanas, para colgarse con todo su peso de la cuerda grande y sentirse transportado por ella en su vaivén” (2).

La Regenta (1884-1885) de “Clarín”, la monumental heredera española de la novela de Flaubert, dio rienda suelta a la nostalgia del juego infantil:

“Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído:

Sábado, sábado, morena,
cayó el pajarillo en trena

con grillos y con cadenaaa...
Y esto otro:
Estaba la pájara pinta
a la sombra de un verde limón...

Estos cantares los oía en una plaza grande a las mujeres del pueblo que arrullaban a sus hijuelos.

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban dentro de su cerebro. Poco a poco se había acostumbrado a esto, a no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación” (3).

Los juegos infantiles aparecen pintados con insólitas cualidades terapéuticas en la saga monumental de *Los hermanos Karamázov* (1879) de Dostoievski:

“El capitán de Estado Mayor observó con amarga sorpresa el cambio que en su mujer se había producido. Al principio, a ella no le gustaban las visitas de los muchachos, la enojaban; luego, los alegres gritos y relatos de los niños empezaron a distraerla también a ella, y al final llegaron a gustarle tanto que si éstos hubieran dejado de acudir, la mujer se habría sentido terriblemente desdichada. Cuando los niños contaban alguna cosa o empezaban a jugar, ella se reía y palmo-teaba” (4).

Asoman también, los juegos infantiles, en la novela cómica que puso el contrapunto amable de las grandes tragedias novelescas del XIX. Por ejemplo, en el chispeante *Tartarín de Tarascón* (1872) de Alphonse Daudet:

“Pequeña y bonita villa tarasconesa, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas, persianas verdes y, en el umbral de la puerta, una pandilla de pequeños saboyanos que jugaban al tres en raya o dormían al sol, con la cabeza recostada en sus cajas de limpiabotas” (5).

Son evocados, también, en la gran novela de aventuras que llenó de emociones los mismos años, según atestigua la confesión del pirata arrepentido (Ben Gunn) de *La isla del tesoro* (1883):

“Yo fui un niño educado y piadoso, y podía recitar el catecismo de un tirón y tan deprisa que nadie era capaz de distinguir una palabra de otra. Y mira adonde he ido a parar, Jim; ¡y todo empezó jugando al hoyuelo sobre las lápidas del cementerio! Así fue

como empecé, pero luego fue a más; ya me lo predijo mi madre” (6).

El siglo XX no dio tregua a la infiltración de juegos infantiles en los grandes títulos novelescos. Los encontramos en la muy conservadora prosa de *La ruta de don Quijote* (1905) de “Azorín”:

“Cuando llega el crepúsculo suenan las campanadas graves y las campanadas agudas del avemaría; el cielo se ensombrece; brillan de trecho en trecho unas mortecinas lamparillas eléctricas. Ésta es la hora en que se oyen en la plaza unos gritos de muchachos que juegan” (7).

Pero también en el gozne renovador y tremendista de *La familia de Pascual Duarte* (1942) de Camilo José Cela:

“El tiempo estaba claro como es ley que ocurriera por el país; el sol se agradecía y en la plaza me parece como recordar que hubo aquel día más niños que nunca jugando a las canicas o a las tabas” (8).

Y, además, en las muy experimentales e inconformistas con un toque de onirismo disparatado *Industrias y andanzas de Alfanhui* (1951) de Rafael Sánchez Ferlosio:

“Los ladrones duermen en las minas de los castillos que coronan los cerros escarpados, y las viejitas vestidas de negro, hermanas de las llares y de las sartenes, juegan al corro en los verdes prados” (9).

Fuera de nuestras fronteras, la novela más célebre, influyente e inquietante del siglo XX norteamericano, *El guardián entre el centeno* (1951), de J. D. Salinger, tiene como clave misteriosa de toda su arquitectura una canción puesta en boca de un niño:

“El padre llevaba un sombrero de esos color gris perla que se encasquetan los pobres cuando quieren dar el golpe. Él y la mujer iban hablando mientras andaban sin hacer ni caso del niño. El crío era graciosísimo. Iba por la calzada en vez de por la acera, pero siguiendo el bordillo. Trataba de andar en línea recta como suelen hacer los niños, y tarareaba y cantaba todo el tiempo. Me acerqué a ver qué decía y era esa canción que va: ‘Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno’. Tenía una voz muy bonita y cantaba porque le salía del alma, se le notaba. Los coches pasaban rozándole a toda velocidad, los frenos chirriaban a su alrededor, pero sus padres seguían hablando como si tal cosa. Y él seguía caminando junto al bordillo y cantando: ‘Si un cuerpo coge a otro cuerpo,

cuando van entre el centeno'. Aquel niño me hizo sentirme mucho mejor. Se me fue toda la depresión" (10).

Gabriel García Márquez, el gran renovador de la prosa moderna en español, da voz también a los niños y a sus entretenimientos en el tejido denso y bellissimo de *El amor en los tiempos del cólera* (1985):

"Trató de rezar cualquier oración que recordara, pero no la encontró. Siendo niño, otro niño le había enseñado unas palabras mágicas para acertarle a un pájaro con una piedra: 'Tino tino si no te pego te escarabino'. La probó cuando fue al monte por primera vez, con una honda nueva, y el pájaro cayó fulminado. De un modo confuso, pensó que una cosa tenía algo que ver con la otra, y repitió la fórmula con fervor de oración, pero no surtió el mismo efecto" (11).

Otro gran renovador de la prosa en español, el chileno José Donoso, habló de niños y de juegos en la prosa transparente de *El lugar sin límites* (1965):

"Por si acaso miró calle arriba hacia la alameda que cerraba el pueblo por ese lado, tres cuadras más allá. Nadie. Ni un alma. Claro. Domingo. Hasta los chiquillos, que siempre armaban una gritadera del demonio jugando a la pelota en la calzada, estarían esperando junto a la puerta de la capilla para pedir limosna si llegaba algún auto de rico" (12).

Hasta la gran novela, más radicalmente experimental, que enfila ya el siglo XXI, sigue fiel a las escenas de juegos y de niños. Lo prueban estas líneas de *Desgracia* (1999), la extraordinaria obra maestra del sudafricano J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003:

"Apenas escucha mientras Lucy relata la historia. Empiezan a tomar forma palabras que llevaban desde la noche anterior aleteando en las franjas más lejanas de su memoria. 'Dos viejas señoras encerradas en el lavabo / se pasaban los días de lunes a sábado / sin que nadie supiera que allí estaban.' Encerrado en el lavabo mientras su hija era maltratada. Una cantinela de su infancia vuelve para señalarlo con un dedo burlón. 'Ay, ay, ay: ¿qué podrá ser?' El secreto de Lucy; su desgracia" (13).

Una última prosa, ejemplar y casi actual, sobre juegos, niños y novelas: la del inclasificable y genial prosista marroquí Mohamed Chukri, en su novela *Rostros, amores, maldiciones* (2000):

"La aldea está casi despoblada. A lo lejos, unas higueras. Las praderas cubiertas de bruma. Unos jóvenes fuman junto a un muro en ruinas. Casas pequeñas sin color... Nos miran con curiosidad, interrogantes. Una pandilla de niños se detuvo un instante y luego siguieron jugando, saltando a pídola, por encima de uno de ellos, encorvado" (14).

Si, dentro de un siglo, recién inaugurado el XXII cuando nosotros seamos sólo sueño, quedasen críticos o historiadores ¡o arqueólogos! que buscaran y encontraran rastros de juegos infantiles en la novela del XXI, eso tendría un significado muy reconfortante: que ni los niños ni la literatura, ni, por tanto, el ser humano, se habrían acabado todavía. ❏

José Manuel Pedrosa

Profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Alcalá. Especialista en literatura oral, literatura comparada y antropología cultural, entre sus libros destacan títulos como *Las dos sirenas y otros estudios de literatura tradicional*, *Tradición oral y escrituras poéticas en los Siglos de Oro*, *Entre la magia y la religión: oraciones, conjuros, ensalmos*, *Bestiario. Antropología y simbolismo animal*, *El cuento popular en los Siglos de Oro*, *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*, *La historia secreta del Ratón Pérez* y *La vuelta al mundo del Ratón Pérez* (ilustrado por Paz Roderer).

Notas

- (1) BALZAC; Honoré de. *El tío Goriot*. M. Gutiérrez (ed.), Madrid: Cátedra, 2001 (reed), 263 pp.
- (2) FLAUBERT, Gustave. *Madame Bovary*. G. Palacios (ed.), Madrid: Cátedra, 2002 (reed), 91 pp.
- (3) ALAS, Leopoldo: "Clarín". *La Regenta*. 2 vols., J. Oleza (ed.), Madrid: Cátedra, 2001. I, pp. 219-220.
- (4) DOSTOIEVSKI, Fiodor M. *Los hermanos Karamázov*. N. Ujánova (ed.), Madrid: Cátedra, 2000, pp. 792-793.
- (5) DAUDET, Alphonse. *Tartarin de Tarascón*. F. Ortiz Chapparro (trad.), Madrid: Alianza, 2000 (reed.), p. 9.
- (6) STEVENSON, Robert Louis. *La isla del tesoro*. J. A. Molina Foix (ed.), Madrid: Cátedra, 2002, p. 202.
- (7) AZORÍN. *La ruta de Don Quijote*. J. M^a Martínez Cachero (ed.) Madrid: Cátedra, 1998, p. 95.
- (8) CELA, Camilo José. *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Destino, 2000 (reed.), p. 175.
- (9) SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael. *Industrias y andanzas de Alfanhú*. Barcelona: Destino, 1996 (reed.), p. 66.
- (10) SALINGER, J. D. *El guardián entre el centeno*. C. Crido (trad.), Madrid: Alianza, 2001 (reed.), pp. 127-128.
- (11) GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El amor en los tiempos del cólera*. Barcelona: Mondadori, 1999 (reed.), p. 436.
- (12) DONOSO, José. *El lugar sin límites*. Madrid: Cátedra, 2002 (reed.), p. 116.
- (13) COETZEE, J. M. *Desgracia*. M. Martínez-Lage (trad.), Barcelona: Debolsillo, 2002, pp. 138-139.
- (14) CHUKRI, Mohamed. *Rostros, amores, maldiciones*. H. Bouzalmate y M. Embarek López (trads.) Barcelona: Debate, 2002, p. 46.